Ursula Fortiz

El sexto sentido

Con numerosos ejercicios
para desarrollarlo

De Vecchi
DVE
ediciones

Ursula Fortiz

El sexto sentido

«Parkstone International Publishing»

2012

Fortiz U.

El sexto sentido / U. Fortiz — «Parkstone International Publishing», 2012

El "sexto sentido" es la capacidad extrasensorial de percibir más allá de los recursos de nuestros cinco sentidos básicos (vista, oído, olfato, gusto y tacto). Esta percepción más allá de la frontera sensorial ha sido fuente de relatos asombrosos, testimonios y experiencias sin explicación aparente. Ursula Fortiz, autora cuyas obras se han traducido a 4 idiomas (francés, italiano, alemán y español), explica en este libro las experiencias psíquicas y propone descubrir este "continente escondido", esa parte de nosotros a la que pocas personas tienen acceso, con ángulos de iluminación originales: cómo se manifiesta el sexto sentido, con ejemplos de la vida cotidiana; las técnicas de las que disponemos para desarrollar nuestro sexto sentido: la meditación, la motivación, la visualización…; las posibles interpretaciones de las manifestaciones del sexto sentido.

© Fortiz U., 2012
© Parkstone International Publishing, 2012

Содержание

EL DESPERTAR DE UN SENTIDO 6
Primera parte 7
DE LA OBSERVACIÓN 7
• La imaginación 7
• Yo… 8
• La comunicación 9
• Nuestros sentidos son instrumentos 9
• ¿Podemos educar los sentidos? 10
• La importancia que tienen nuestros sentidos 10
• ¿Sentidos o espíritu? 11
• El espíritu y el intelecto 12
• Variabilidad de la información 13
• Tratamiento de la información 13
EJEMPLOS DE 15
• El azar 15
• Los pensamientos de los demás 16
• Átomos agudizados 16
• ¿Instinto? 17
• ¿Premonición? 17
• ¿Psicología? 18
DE LA INTUICIÓN 19
• Definición 19
• Intuición y videncia 19
• Del análisis a la intuición 21
• ¿Azar, intuición o nada de eso? 22
• Azar, intuición y resultado 23
Конец ознакомительного фрагмента. 25

Ursula Fortiz
El sexto sentido

A pesar de haber puesto el máximo cuidado en la redacción de esta obra, el autor o el editor no pueden en modo alguno responsabilizarse por las informaciones (fórmulas, recetas, técnicas, etc.) vertidas en el texto. Se aconseja, en el caso de problemas específicos – a menudo únicos– de cada lector en particular, que se consulte con una persona cualificada para obtener las informaciones más completas, más exactas y lo más actualizadas posible. DE VECCHI EDICIONES, S. A.

Fotografía de cubierta: © Thinkstock.

© De Vecchi Ediciones, S. A. 2012
Avda. Diagonal, 519-521 – 08029 Barcelona
Depósito Legal: B. 19.410-2012
ISBN: 978-84-315-5328-9

Editorial De Vecchi, S. A. de C. V.
Nogal, 16 Col. Sta. María Ribera
06400 Delegación Cuauhtémoc
México

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o trasmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de DE VECCHI EDICIONES.

EL DESPERTAR DE UN SENTIDO

¡Hablemos del sexto sentido! Cuando comencé esta obra empecé a plantear, en las conversaciones mantenidas con numerosas personas de opiniones y sensibilidades muy diversas, esta cuestión un poco abrupta.

Ninguno de mis interlocutores se sorprendió, sino más bien al contrario.

El sexto sentido interroga, fascina. ¿Es el de la precognición? ¿Es el de la conjunción azar-realidad? ¿Es una manera de nuestro subconsciente de revelarnos nuestros verdaderos deseos? ¿Es una derivación de la telepatía? Estas y otras cuestiones, así como los detalles que se derivan, han sido abordadas.

El hombre posee unas capacidades psíquicas sorprendentes, algunas de las cuales dan lugar al debate: sensibilidad, receptividad, discernimiento (clarividencia, clariaudiencia), telepatía, telequinesia, premonición, retrocognición, etc. Abordar el sexto sentido significa necesariamente abordar todos estos temas, pero también detenerse en los trabajos de Freud, Jung, etc.

No es mi intención realizar un estudio científico *stricto sensu*, o un estudio sobre parapsicología. El objetivo manifiesto de esta obra es:

– presentar todas las nociones conectadas al sexto sentido (la imaginación, los sentidos, el espíritu, el tratamiento personal de la información recibida en tiempo real, etc.);

– confrontar los diversos puntos de vista: el lector encontrará numerosas opiniones que permiten conocer, mediante las citas, las diferentes posiciones de pensadores, investigadores, escritores, etc.;

– presentar ejercicios relacionados con el sexto sentido (meditación, desaparición del miedo, eliminación de la frustración, etc.).

Además, a partir de ejemplos concretos extraídos de la vida cotidiana, intentaremos comprender mejor qué es el sexto sentido y sus múltiples manifestaciones.

Intentando analizar todos los campos de explicación, de realización y de investigación del sexto sentido, mi primer deseo es conducir al lector hasta un mayor conocimiento del hombre y de su vida interpersonal.

Para terminar esta introducción, damos la palabra a Gide en *Les Nourritures terrestres*: «Todo conocimiento que no es precedido de una sensación es inútil».

¡Manos a la obra!

LA AUTORA

Primera parte
EN BUSCA
DEL SEXTO SENTIDO

DE LA OBSERVACIÓN
A LA CONSTATACIÓN

Según se observe a las personas de lejos o de cerca, se creerá que todas se parecen o bien que son muy distintas. Es bueno destacar esta diferencia de posición en el espacio, que haría que un marciano nos mirase sin comprendernos mejor que lo que nosotros mismos comprendemos a las hormigas o los cromosomas.

Una mirada distante conducirá a la constatación de que cada uno está dotado de dos brazos, dos piernas, dos ojos, dos orejas, etc., pero también, entre otras cosas menos aparentes, de cinco sentidos que son iguales para todos. En otras palabras, todas las personas están preparadas para tener la misma aproximación al mundo exterior y, por ello, las mismas relaciones con las demás personas.

Cuando, llevado por su curiosidad, un observador se encontrase entre las personas, constataría la evidencia de que no todas son iguales. Quizá sus gustos lo atrajesen más hacia unos que hacia otros, y al intentar comprender por qué de cerca son tan diferentes, se daría cuenta de que hay dos razones principales. Una es que no todos vienen al mundo en las mismas condiciones, cada uno llega con un capital y unos recursos diferentes. Unos tienen más capital que recursos y otros a la inversa. Son raros los que disponen de las dos cosas. Algo así como si se tratara de un negocio del que cada uno dispusiese al principio, con la posibilidad, a lo largo de su vida, de hacerlo fructificar o desaparecer.

La otra razón que hace a las personas distintas es que, si bien están todas dotadas de cinco sentidos que les permiten la relación con el mundo exterior y con las otras personas, no todas los utilizan de la misma manera. Se plantea entonces una cuestión: ¿qué más tienen aquellos que aprovechan mejor la vida, o aquellos que la construyen basándose en la utilización de un único sentido: perfumistas, cocineros, músicos u otros? Ya podemos preguntarnos, por lo tanto, si algunas personas no estarán dotadas de sentidos suplementarios: el sexto sentido, por ejemplo.

• La imaginación

Es necesario precisar en qué consiste la imaginación. Decir: «Si esto no existe hay que inventarlo» es lo contrario de la imaginación porque se parte, en este caso, del estado de alguna cosa que no existe… y son muchas las que no existen. Así, se puede soñar con hacer existir cualquier cosa a partir de su ausencia. Por ejemplo: no hay un automóvil que pueda transportar cuatro personas consumiendo un litro de gasolina a los cien kilómetros, a ciento cuarenta kilómetros por hora de media. Respuesta: hay que inventar un automóvil atómico que llene este vacío. Esta es la clase de respuesta que demuestra una total ausencia de imaginación porque procede de un desconocimiento de la realidad. Para que la imaginación pueda ponerse en acción, es necesario que haya materia y problema, o al menos duda.

LA IMAGINACIÓN PRÁCTICA

La imaginación permite resolver de manera poco habitual o nueva un problema surgido de la realidad, mediante unos medios igualmente obtenidos de la realidad.

Un señor ha comprado una pequeña casa de guardabarreras de una línea de ferrocarril que ya no se utiliza. Está a siete kilómetros de la ciudad en la que trabaja, que era atravesada por esta línea. No tiene, además, ningún deseo de comprarse un coche. ¿Cómo ha resuelto su problema? Respuesta: ha comprado una plancha de 3,10 ×

1,53, de 22 mm de grosor. Debajo ha adaptado cuatro ruedas de aluminio. Encima ha instalado un mástil y una vela. En esa zona los vientos son fuertes y constantes. Resultado: su artefacto rueda a veces a más de setenta kilómetros por hora, y nunca necesita más de un cuarto de hora para llegar a su trabajo.

• Yo…

Una persona es en sí misma un mundo, un *ego*. Se podría llamar a eso un *mundo interno*. En nuestro planeta conviven varios millones de mundos internos y el conjunto representa para cada uno el mundo externo, es decir, el otro, el *alter*.

Cada uno puede decirse: el mundo externo está formado por todos los otros, salvo yo. Si esto se lleva bien, se puede decir que se trata de una relación altruista, porque va del *ego* al *alter*. Si se lleva mal, se trata, por el contrario, de una relación egocéntrica. La cuestión del sentido es importante.

La parte común impuesta a estas dos formas de una misma relación es la realidad, porque una misma realidad está al alcance de todos. La diferencia entre las personas es la manera según la cual ellas quieren moverse y sentir en presencia de esta realidad, porque hay dos maneras de comportarse. O bien uno se integra en el mundo y se adapta, o bien integra el mundo en sí mismo, y resulta lo contrario de la adaptación, porque para llegar a ello es necesario apremiar al mundo según las propias necesidades y naturaleza, y eso no es fácil.

En el primer caso la relación es altruista porque se fundamenta en el reconocimiento del otro, lo cual permite su conocimiento y, por ende, un estado de equilibrio. Es patente en este caso que la persona acepta considerarse como una parcela del mundo, es decir, poca cosa.

En el segundo caso la persona no soporta ser solamente una seis milmillonésima parte del conjunto. Por la misma razón no comprende que él, a decir verdad el ser más interesante que conoce, no sea más importante, indispensable para el mundo. Se puede concluir constatando que entre el mundo y la persona hay una relación de sentido positivo o negativo según haya aceptación o rechazo del otro. En el segundo caso se podría hablar de un contrasentido agotador. De este modo, hay personas que pasan su vida batiéndose «contra» en lugar de batirse «para».

Así pues, cualquiera que sea la posición del individuo, en el buen sentido o a contracorriente, es el actor en el inmenso teatro de la eterna comedia humana. Este papel de actor y la presencia de los espectadores que llenan la sala implican la necesidad de comunicar con el objetivo de hacerse comprender por los demás, antes que comprenderlos a ellos, ¡ay! Eso es humano.

• La comunicación

Es lo que permite permanecer en el mundo, integrarse en él a través de los sentidos, que están en el punto de partida de todos. Es preciso tener cuidado siempre de no darles un papel o una importancia que no tienen. En realidad, los sentidos son las compuertas que permiten la recepción de las informaciones procedentes del mundo material, en tanto en cuanto uno acepta asimilar a otra persona al mundo material. No son nada más. La manera en la que cada persona recibirá o no, es decir, acumulará u olvidará las informaciones, no procede de los sentidos, sino del intelecto, el motor de ahora en adelante. Los sentidos pueden verse como los instrumentos del conocimiento, de los que cada uno, según su espíritu o sus necesidades, hará una utilización personal.

Aceptemos por un instante proponer que un clarinete sea, como instrumento, comparable a uno de nuestros sentidos, y facilitémoselo a dos personas. Apreciaremos sorprendentes diferencias en la utilización del instrumento. Cuando uno ya interprete una sinfonía de Mozart, el otro estará todavía con *El claro de luna*. Detrás de cada uno de nuestros sentidos hay una noción del placer.

• Nuestros sentidos son instrumentos

Acabamos de hacer alusión a una amplia utilización de los sentidos en su acepción de instrumentos. Entre la acumulación de las enseñanzas recibidas y la utilización que se deriva hay un proceso de transformación que es de hecho el espíritu motor. La consecuencia de ello es un proceso de reenvío hacia el exterior (¿comunicación?), en una proporción ínfima, de materia transformada en relación con la materia recibida. Entonces se plantea una cuestión: ¿qué pasaría si tuviéramos la posibilidad de exteriorizar una parte de todo lo que nuestros sentidos nos hacen interiorizar?

Y también: ¿qué pasa entre el momento en que interiorizamos enormes cantidades de datos y el momento en que exteriorizamos una pequeña parte bajo la forma de conjuntos más o menos armoniosos?

Seguro que esto hace pensar en un ordenador y plantearse hasta qué punto esta máquina está concebida a imagen del espíritu humano, como un espejo.

Antes de responder a esta pregunta, aceptemos un estéril juego de la imaginación. Si tuviéramos un sexto sentido, es decir, un instrumento suplementario, ¿qué es lo que sucedería, en caso de que fuera posible concebir cualquier cosa que no existe? ¿Nos volveríamos invisibles por momentos? ¿comprenderíamos el pensamiento de los otros? ¿viviríamos en el agua como un pez? ¿veríamos a través de las paredes? ¿nos desharíamos de la materia corporal para que no quedara más que espíritu? ¿nos desintegraríamos en un lugar para poder ser reintegrados en otro sitio miles de años luz más lejano? Esto parece ciencia ficción. Y, sin embargo, se oye hablar a menudo del sexto sentido de modo irreflexivo.

Otra cosa remite al espíritu cuando comparamos la suma de conocimientos almacenados por el intelecto y la suma de producciones-ideas construidas por el mismo. ¿Utiliza solamente una milésima parte de lo que los sentidos ponen a su disposición?

¿No propondría esta pregunta una aproximación empírica aunque limitativa de lo que podría ser el sexto sentido, en caso de que hubiese uno? ¿Una capacidad para utilizar mejor lo que aportan los cinco primeros? Sea lo que sea, estamos tentados de afirmar que gran parte de todo lo que almacenamos entra en este espacio inmenso y fabuloso que se llama *inconsciente*. Ya tendremos la oportunidad de volver sobre ello más ampliamente.

• ¿Podemos educar los sentidos?

Nuestro primer sentido es la vista, a la que se considera generalmente el sentido más importante. ¿Se puede mejorar el sentido de la vista?

Sí, se responderá sin dudar, pero es necesario concretar cuál es el campo de aplicación de esta mejora. ¿No es evidente que este campo de acción será, por necesidad o por vocación, propio de cada uno?

¿No presentimos que esta mejora se podrá hacer, en sentido propio, hacia la realidad o, en sentido figurado, hacia el intelecto, es decir, en una acepción material o espiritual?

¿Qué es mejorar la vista para un marino, si no ver más indicios y desde más lejos, para prever la próxima situación meteorológica y, en consecuencia, los peligros? ¿En qué consiste esta mejora para el propietario de una galería de arte? Lo que hay que destacar es que, en los dos casos, la utilización repetitiva del ojo, del mismo modo que se entrena un músculo, conducirá a uno y a otro a una forma de instinto-conocimiento experimental que le permitirá aprehender cosas, presentes o futuras, más allá de la capacidad de los otros. Por otra parte, ¿en qué consiste la mejora del oído para un guerrillero, o para un músico?

Atravesando el estrecho de Mesina, el patrón de un yate le dice a su propietario: «Mire allá a lo lejos, hay una isla». «Una isla, ¿dónde?

¡No veo nada, ni siquiera con prismáticos!». La explicación no es evidente, pero sin embargo es simple: este marinero, a fuerza de observar siempre el horizonte, llega efectivamente a ver más lejos, pero en realidad lo que ve, porque lo busca, es esa ínfima aglomeración de pequeñas nubes pálidas que flotan sobre las tierras que se acercan y las distingue de las que permanecen todavía invisibles bajo el horizonte.

Así pues, lo que ve el marinero no lo ve con sus ojos, sino con su espíritu.

Un señor llamado Poulet-Malassis, muy aficionado a las artes y más todavía a la pintura, disponía de un poco de dinero, así que compró unas pinturas y después se hizo marchante. Al final de la época impresionista se había convertido en uno de los más importantes marchantes y coleccionistas que París había tenido nunca. Compraba telas a precios irrisorios, no ya por un espíritu de lucro, sino porque las pinturas de esta época no llegaban a venderse ni siquiera a bajo precio. Poulet-Malassis no conseguía vender mejor que los demás sus Gauguin, Cézanne o Monet, pero él los conservaba porque creía en ellos. Sabía que un día serían oro. ¿Tenía este marchante el don de una doble vista? No, pero, como el marinero, veía más lejos con su espíritu.

Más o menos viene a suceder lo mismo con cada uno de nuestros cinco sentidos. Todos son susceptibles de ser mejorados en una proporción a veces sorprendente, por razones profesionales o por placer. Todos conocemos que existen catadores de vinos, pero también hay personas que trabajan catando el agua. Es como el caso de los ciegos que adivinan ciertos colores sólo con sus dedos, o como el sabor de la persona amada que permanece inaccesible para los demás.

> *Todo lo que no es mensurable es mejorable por razones personales o profesionales.*

• La importancia que tienen nuestros sentidos

Un ciudadano intentaba hacer la suma de todo lo que sus sentidos habían estado registrando, recordando una jornada normal; necesitaba convenir que esta impresionante suma es superior a la capacidad de su memoria y que era casi una imagen del infinito, teniendo en cuenta sobre todo estos dos sentidos, los más solicitados: la vista y el oído. La tarde iba cayendo, pero ¿qué le faltaba?

El tren elevado pasa a la altura de un primer piso; la tarde, en invierno, y la mirada se detiene en unas cocinas iluminadas, ve personas, un comedor.

Una muchacha cierra una puerta detrás de ella. ¿Cuál era el color de su abrigo? ¿Y de sus cabellos? Más allá de su agudeza visual y de su penetrante imaginación, ¿no está a punto de inventar aquello que no ha visto?

¿Es consciente de estar a punto de escribir el segundo capítulo en la vida de esta muchacha, de la que acaba de inventar el primero?

¿Dónde está la diferencia entre lo que verdaderamente ha visto, lo que apenas ha visto y lo que inventa? En suma, ¿qué importancia hay que dar a estos sentidos que nos engañan repetidamente?

De lo que acabamos de proponer podríamos preguntarnos si nuestros sentidos son a la vez todo y nada. Todo parece indicar que sin ellos la realidad no es perceptible y, si no analizamos esa realidad, valemos poco más que un vegetal.

Imaginemos un señor que está escribiendo un libro sobre el sexto sentido y cuya mirada recorre un anuncio en el metro. ¿Qué pasará? Nada, porque no hay ninguna razón para que pase nada. Imaginemos ahora que debajo de este anuncio, en grandes letras, se pudiera leer… *Sexto sentido*.

¿Qué pasaría entonces? Nuestro hombre se detendría, leería el anuncio y comprendería que se trata de un anuncio para una empresa de telecomunicaciones. Si no hubiera estado preocupado por este tema sus ojos no se hubieran detenido para realizar este esfuerzo: leer, es decir, tomar conciencia. Aunque nada impide que en ese caso también hubiera visto el anuncio.

La decisión de registrar o no tal información se toma por la existencia de un elemento anterior a nuestros sentidos. Llegado el caso será situada a un nivel u otro en función de su interés: posible, probable, cierto. ¿Cuál es este elemento? El espíritu.

> *El espíritu actúa como un instrumento de selección de la información. Su manera de proceder es a la vez activa y pasiva porque puede captar una información que pasa o inventar una información que falta.*

• ¿Sentidos o espíritu?

Una persona normal dispone de cinco sentidos: el oído, la vista, el gusto, el olfato y el tacto. Cada uno de estos sentidos le permite una relación tipo con el mundo exterior, ya sea idea, ya materia. Esta relación es egocéntrica porque va desde un mundo exterior periférico hasta la persona que constituye el centro. Pero también eso implica que tenemos a nuestra disposición cinco instrumentos de comunicación y nada más. En fin, es así hasta que se demuestre lo contrario.

El sentido del oído permite oír los sonidos y los ruidos. Un martillo hidráulico que funciona a ciento diez decibelios es un ruido desagradable para el oído y el espíritu. La turbina de un avión a reacción que ruge a cien metros produce un ruido insoportable porque crea un malestar físico. Igualmente, un amplificador que genera sonidos de baja frecuencia cada vez de mayor potencia destruirá en primer lugar nuestros cristales y después nuestros tímpanos. Se puede admitir que el oído clasifica los sonidos según le son desagradables, indiferentes o agradables. Un sonido puede ser agradable o no según su naturaleza o nuestras preferencias. El sonido cristalino de una campanilla que se oye en el despertador es a menudo agradable para quien no tiene la obligación de levantarse. ¿Es acaso lo mismo para ese viejo sacerdote artrítico que siente la íntima voluntad de dejar su cama a las cinco de la madrugada para cruzar la calle e ir a decir la primera misa?

La música es bella cuando endulza las costumbres y colma de felicidad a los amantes. Pero ¿qué es la música? ¿Es una canción de Jimmy Hendrix o el concierto para clarinete de Mozart? Intentar responder a esta cuestión implica un sistema de decisión basado en la simplicidad del sí o del no; amar o no amar. Así, se percibe que detrás del sentido del oído, que sólo es la facultad psicológica de oír los sonidos que proceden del mundo exterior, está el juicio personal presente surgido de la educación recibida. Uno y otra, juicio y educación, determinan la especificidad del sentido del oído propio de cada uno.

El sentido del oído es, pues, una ventana del intelecto siempre abierta hacia el mundo exterior, que deja entrar permanentemente sonidos y ruidos agradables o no. Se puede ir más lejos en la diferenciación entre agradable y agresivo. ¿Le gustaría tanto esta canción de Jimmy Hendrix que oye con calma en su propia casa si la oyera en una ruidosa discoteca?

Detrás de un sentido, el del oído por ejemplo, el espíritu vela por la decisión de consagrarse por entero o no a lo que oye, es decir, a escuchar. ¿No es, en este caso, el espíritu el que escucha, más que el oído? ¿Qué pasa entonces cuando el espíritu decide no escuchar, incluso cuando continúa oyendo?

Parece que el sentido de la vista funciona de la misma manera, lo cual le permite ver o mirar. En ambos casos se trata de una puerta de comunicación que normalmente está abierta. Sin embargo, se impone una restricción: si el espíritu no puede disminuir la cantidad de información recibida, puede disminuir la importancia o incluso negarla. Nuestros sentidos permiten pues una relación activa o pasiva con el mundo exterior.

Usted está trabajando en el despacho y escuchando una canción que en algún momento le hace prestar atención. Escucha entonces atentamente durante uno o dos minutos, después su atención decrece y vuelve a su trabajo. Pero la canción que sólo está oyendo continúa entreteniendo su espíritu en un estado agradable. De repente el teléfono suena, lo descuelga y la voz que canta le perturba. Entonces usted no oye nada, ni siquiera aquel cambio de ritmo que inconscientemente seguía con placer.

En alguna ocasión usted ha asistido a conferencias o ha visitado museos. ¿Durante cuánto tiempo, al margen de sus oídos o de sus ojos, permanece concentrado su intelecto escuchando, comprendiendo, memorizando? ¿Durante cuánto tiempo sus ojos escrutan, analizan, comprenden lo que están mirando? ¿Desde qué momento no hace más que ver, y desde entonces, qué hace con lo que ha visto sin mirar, con lo que ha oído sin escuchar? Nuestros sentidos nos proporcionan un bagaje continuado de informaciones, pero la capacidad de nuestro intelecto, su facultad para tratar la información, decrece rápidamente.

Así pues, por el hecho de que nuestros sentidos funcionan, ya reciben informaciones que nuestro intelecto almacena o deja inutilizadas en un inmenso cedazo de entrada. Entonces, ¿qué pasa con todas esas informaciones no clasificadas ni utilizadas?

Otra cuestión delicada: ¿el volumen de informaciones a disposición de cada uno es de igual calidad para todos?; ¿qué razones harán que pueda ser diferente?

Y otra todavía: ¿tenemos todos la misma capacidad selectiva, la misma potencia de tratamiento, los mismos intereses?

• El espíritu y el intelecto

Al principio está el espíritu. Según su interés, decide poner en funcionamiento el intelecto, motor más o menos ágil, cuya utilidad es tratar la información que llega en oleadas continuas.

En la calle uno pasa delante de un anuncio que alaba los encantos de un inmueble residencial recientemente construido. La vista percibe que este inmueble, a ese precio el metro cuadrado, tiene piscina. ¿Y entonces? La cuestión está precisamente ahí. O bien esta información, por interés, ha llegado a su espíritu, o bien se ha quedado en su vista. Si ha entrado, el intelecto ha podido colocarla en diferentes niveles. Inicialmente el estado de las cosas es, pues, sencillo: o bien su espíritu tiene una disposición a dejar pasar esta clase de informaciones, o bien no la tiene. Como la corriente eléctrica.

Un primer caso, A, podría ser el del señor que espera un segundo hijo y tiene un apartamento demasiado pequeño. Un segundo, B, podría ser el de un señor que vive en un apartamento en el que no paga alquiler. Entre estos dos extremos, el interés o la curiosidad de cada uno puede situarse a distintos niveles.

1. 2500 euros el metro cuadrado, es el mismo precio que en todas partes.
2. A este precio, justo en el límite de la periferia, no es interesante.
3. Inmueble construido en piedra tallada, piscina para los niños, etc.

Aquí nuestro cliente se detiene para leer el resto del anuncio.

4. No está muy lejos de mi trabajo.
5. No he de hacer transbordo en el metro, etc.

Esto muestra que una información dada, la misma para todos, es tratada de forma diferente por cada uno de nosotros y que, detrás de las autopistas de la información que son nuestros sentidos, se esconde una poderosa oficina de tratamiento cuya capacidad varía según el interés de cada uno. La cuestión está entonces en comprender cómo cada uno la siente y la trata según su grado de sensibilidad, su estado de ánimo, su experiencia. ¿Qué se desarrolla de esta masa de informaciones recibidas y del espíritu único de cada uno, para constituir un sentido suplementario, una percepción diferente y personal? Por otra parte, si admitimos que estamos todos en el mismo caso, aceptaremos de buena gana que este sentido suplementario pueda ser desarrollado de forma diferente en cada uno.

> *La información es permanente. El intelecto no es más que el motor. El espíritu es a la vez el comienzo y el fin.*

• Variabilidad de la información

Hemos intentado mostrar antes que una información dada es de interés variable para cada uno. ¿Qué pasa con la información global que está a disposición de todos? Está claro que lo positivo está en la información misma, pero no está menos claro que el beneficio no existe más que para el que la va a recibir. Cualquiera que sea el interés propio de una información, la variabilidad de este interés es específica para cada uno. La mejora de un sentido dado reposa sobre dos condiciones: la experiencia o el entrenamiento, y el deseo, vocación o necesidad. Admitiendo que todos estamos dotados de los mismos cinco sentidos, ¿tenemos todos los mismos deseos o necesidades? Evidentemente, no. Incluso cuando dos personas tienen los mismos deseos, ¿acertarán a satisfacerlos de la misma manera? No, sin embargo pueden ver, oír, y sentir las mismas cosas. Si pedimos a dos alumnos del último curso que describan su instituto, el resultado será diferente. Más allá de la capacidad de recepción de nuestros sentidos, que podría ser más o menos igual físicamente en todos los individuos, hay un primer elemento que genera una dinámica de organización antes que de almacenamiento. Este primer elemento se alimenta de tres carburantes: la necesidad, el deseo y la curiosidad. Es el espíritu. Su característica no es estar completo sino ser siempre mejorable.

Esta posibilidad crea una dinámica fuerte o débil propia de cada uno, que entrena su utilización con un rendimiento más o menos bueno del intelecto. Este es el motor que funciona ante la demanda del espíritu. Parece una oficina de tratamiento o de reciclaje de la información. Su característica es ser potente o débil.

• Tratamiento de la información

Se puede admitir que nuestros cinco sentidos actúan según procesos idénticos que constituyen cada uno una base de datos. La base de datos global será una mezcla distintiva, en cualidad y en cantidad, referida a una persona. Si uno acepta esta idea previa de que, de un individuo a otro,

cada intelecto es diferente, como lo es cada espíritu, se puede pensar que cada uno utiliza de modo distinto sus sentidos e incluso que favorece algunos. Tendrá el acierto de ver ahí una alusión a lo innato y lo adquirido. Esto último estará formado por todo aquello que los sentidos aportan, casi lo mismo para todo el mundo. Lo innato será más o menos la calidad del motor, pero sobre todo la necesidad de hacer trabajar este motor.

¿Habrá, por otra parte, una razón para clasificar estos cinco sentidos según un orden de importancia decreciente, teniendo en cuenta un planteamiento de calidad, o mejor todavía, de indispensabilidad?

Para nosotros, que disfrutamos de la ventaja de ver, la ceguera se concibe como un problema insuperable. ¿Qué pensaría un ciego si se le preguntara? Pero también, ¿qué pensaríamos nosotros de un ciego que rehusara recuperar la vista a cambio de perder otro sentido? ¿Habría estructurado un estado de equilibrio mediante el desarrollo de otro sentido que nos resulta desconocido?

A veces probamos un alimento nuevo que evoca, sugiere gustos más o menos familiares, alejados. Alguien comiendo almendras amargas, un día, escribía: «Parece cianuro».

Siempre buscamos asociar una cosa nueva a algo conocido. Lo que nos sorprende a menudo nos recuerda a alguna cosa. Quizá se trata de una reacción inconsciente del espíritu, que tiende a reafirmarse ante lo desconocido. ¿Tendrá nuestro inconsciente alguna función que desarrollar en esta historia?

Hay personas, más bien de cierta edad, que conocen numerosos restaurantes importantes. Como clientes, también ellos son importantes, como algunos chefs. Sin embargo, hay una diferencia entre el chef que prepara la comida y el cliente que la saborea. El primero ha desarrollado su sentido del gusto al mismo tiempo que el deseo de creación de una cocina de calidad. El segundo sólo ha desarrollado su sentido del gusto, sin el deseo de crear. Así pues, y con la misma condición de degustador, uno se beneficia de una calidad suplementaria que falta en el otro: el sentido de la creación.

Quizás haya leído *El perfume*, de Patrick Süskind, la historia de un hombre, medio loco, con un sentido muy agudo de los olores que lo transformará en un genio de los perfumes.

Olor, perfume… ¿nota la diferencia en relación con los otros sentidos? Aquellos en los que el espíritu de la persona es quien ejerce una acción selectiva. En este caso, parece que la relación sea más un asunto entre el sujeto y el objeto.

Quizás haya en esta idea una diferenciación entre sentidos mayores y menores.

Todos tenemos el sentido del olfato más o menos desarrollado, pero se mantiene casi independientemente del matiz que se impone entre olor y perfume. Estamos cercados por los olores, a menudo desagradables, con que nos rodea la ciudad, tan poderosos que encierran en una nube estéril los raros perfumes que todavía flotan en el aire del atardecer. ¿No estará anulando nuestro sentido del olfato el alto grado de polución en la que nos sumerge el automóvil? ¿No estarán los martillos hidráulicos y otros artilugios consiguiendo anular la sensibilidad de nuestros oídos? ¿No estarán los pollos de cuarenta y un días a punto de imponernos a todos el gusto uniforme de una común mediocridad? El plástico, material universal, va sustituyendo poco a poco en todos los campos el calor tan atractivo de la madera. Por ahora las mesas de trabajo de la Biblioteca Nacional son de roble, pero ¿de qué serán después? ¿de plástico? Es de temer. Porque las posibilidades comúnmente ofrecidas a nuestros sentidos se empequeñecen y se hacen cada vez más raras, y su delicada capacidad de selección disminuye.

Nuestros sentidos reciben las informaciones como una emisora de radio en la que la selección y la sensibilidad son más o menos afinadas.

EJEMPLOS DE MANIFESTACIONES DEL SEXTO SENTIDO EN LA VIDA COTIDIANA

Muchas de nuestras acciones tienen un significado a veces aparente y a veces inexplicable. El espíritu quiere profundizar en el sentido de aquello que le seduce y olvida el interés de lo que no le atrae. Las cosas de la vida cotidiana tienen sin embargo un sentido, aunque quede incluso fuera de nuestras explicaciones.

Vamos a abordarlas aquí con la ayuda de ejemplos concretos en los que cada uno podrá verse reflejado.

• El azar

Un domingo había un concierto en la abadía de Royaumont, en Francia. Los cuatro miembros de la familia Dupond tomaron el tren por la mañana muy temprano. Las señoras iban con sombrero, y los señores, que iban en bicicleta, se pararon dieciséis kilómetros antes de llegar a su destino para practicar un poco de ejercicio. Gabrielle Dupond no coge el órgano, y por esta razón rehúsa también coger su bicicleta. A la salida del concierto, el señor Dupond decide que es mejor comer aquí que más tarde en París. Delante de la puerta de un restaurante que se suponía de calidad, se acerca un señor, al cual reconocen por haberlo visto unos instantes antes en el concierto. Intercambian una sonrisa e inician la conversación.

– Creo poderles recomendar este restaurante – dice al señor Dupond el otro señor, que asegura ser el señor Durant.

– Ah, bien, pero ¿por qué? –pregunta la señora Dupond.

– Todo indica aquí, señora, que es una casa de prestigio – respondió el señor Durant–. La carta, por ejemplo, fíjese que propone pocos platos. Eso hace suponer que aquí se descongela menos que en otras partes. Vea también que las legumbres son de la estación y que los postres son de la casa. Observe en las ventanas las cortinas de viejo algodón.

Después, examinando la carta con mirada miope, declara con aire de gourmet: «Creo que tomaré el pato con brócoli».

La comida, a un precio razonable, fue excelente.

«El señor de la conversación no se había equivocado – declaró Gabrielle, golosa, entre dos bocados de pastel de fruta–. Me pregunto cómo hace para estar tan seguro de sí mismo».

Todavía era de día cuando salieron del restaurante. Bernard, el hijo Dupond, invocó la clemencia del tiempo para regresar en bicicleta. El argumento era poco razonable teniendo en cuenta que la distancia era grande, pero también él se sorprendió porque se le concedió el deseo. A veces hay caprichos que es preferible no contradecir.

Llegó a casa antes que el resto de la familia, retrasada por un accidente en el tren. Los periódicos del día siguiente explicaron que, a causa de un descarrilamiento, murió una persona y veintiocho resultaron heridas en el tren que procedía de Royaumont. Por suerte, la familia Dupond no había pagado ningún tributo en este suceso.

«Has tenido mucha suerte», dijo Gabrielle.

• Los pensamientos de los demás

Jeanne está sentada delante de su televisor. Sus ojos, más que mirarlas, ven las imágenes. Esta noche ha decidido que leería y que miraría la televisión. Ha consultado la programación y ha comprobado que no hay nada que le interese. Decide mirar cualquier cosa. De repente, sin razón alguna, se siente asaltada por una de esas crisis de nostalgia que le son familiares. Piensa en su hermano mayor, clarinetista en la orquesta filarmónica de la región del Loira, y, más concretamente, en su hija Louise, cuando era pequeña y su padre la llevaba por las mañanas a la guardería; Louise se obstinaba en no pasar por encima del muro de piedra del instituto, rodeado por una reja no muy alta. No quería o no podía explicarse. Mucho tiempo antes de que sus padres hubiesen dejado Tours, una ventana del cuarto piso crujió por un poderoso vendaval y un cristal se rompió y cayó sobre un niño. El asunto provocó un escándalo en la ciudad. Jeanne escuchó eso por azar y jamás se lo explicó a Louise.

«La reja es la que debía de darle miedo – se decía a sí misma–, pero ¿por qué?».

Varios años más tarde, todos fueron al circo Bouglione. Eso fue antes de que Albert, el marido de Jeanne, muriese. El pobre estaba tan mal que, a pesar de haber sido siempre ateo, no pensaba más que en Lourdes. La vida tiene estas contradicciones. Louise tenía unos doce años. El circo programaba, entre otros números, uno de telepatía que la había impresionado.

–¿Cómo lo hacen, Jeanne? ¡Explícamelo!

– No lo sé, querida. En el circo no se sabe nunca si es cierto o es falso. El mundo no es más que una ilusión.

Mientras Jeanne se preguntaba si algún día podría tener la suerte de estar segura de algo, sonó el teléfono.

–¡Soy Louise!

–¡Hola! Louise, pensaba en ti. ¿Te acuerdas cuando eras pequeña? Tenías doce años, quizás, y habíamos ido…

–¡Al circo Bouglione!

• Átomos agudizados

Las dos jóvenes que se han instalado recientemente en el quinto y último piso son estudiantes. Si se le pregunta a la señora Georget, la portera, lo que piensa de ellas, seguramente respondería: «Oh, señor, son dos muchachas de provincias que han recibido buena educación. Siempre dan los buenos días sonriendo». La señora Georget no se equivoca demasiado porque, en efecto, todo indica que estas jóvenes son muy educadas, una es de provincias y la otra es parisiense. El espíritu penetrante de la señora Georget padece a veces lagunas que su imaginación colma con holgura.

Louise y Gabrielle se han reencontrado durante el verano delante de Belle-Île, donde sus padres se han alojado durante quince días. Más allá de la felicidad que da una amistad que nace, han descubierto con sorpresa que coincidieron en la escuela de la calle Ulm. Por eso, en cada una de ellas ha nacido enseguida el deseo de compartir un apartamento. Esta noche Gabrielle está feliz porque viene a cenar su hermano, al que no ha visto desde hace un año. Son las siete. Louise va y viene, curiosa, un poco nerviosa al pensar en este muchacho del que sabe tan poco, pero que no puede dejar de imaginarlo: más bien mayor, con los ojos azules como su hermana, gafas, y un viejo chaquetón de su padre.

Abajo, la puerta del inmueble se abre y aparece un hombre joven que se dirige hacia el habitáculo de la portera y golpea el cristal:

–¿Señor? – dice la señora Georget, al tiempo que un pensamiento espontáneo le recorre el espíritu–. Estoy segura de que preguntará por las muchachas del quinto.

–¿La señorita Gabrielle Dupond?

– Quinto izquierda, señor – y en su fuero interno añade–: qué raro, habría jurado que preguntaría por la otra.

Cinco pisos más arriba la puerta de un pequeño apartamento se abre con prisa.

–¡Bernard! – exclama Gabrielle, sonriendo.

Detrás de ella aparece Louise, los brazos caídos, delgada y rubia, sonriente y tímida, aunque divertida.

La puerta da un golpe al cerrarse, y Gabrielle se coloca a un metro de su hermano para observarlo de arriba abajo.

– Te presento a Louise – le dice–. Es curioso, tengo la impresión de que has crecido, o quizá te has adelgazado – dice, mientras la mirada de los otros dos se cruza–. ¡Pero qué son estos zapatos – se sorprende–, se diría que son los de papá!

–¿Siempre haces matemáticas? – le pregunta ella un poco más tarde, cuando están sentados a la mesa.

– Sí, pero he desarrollado una actividad paralela, juego a las carreras.

–¿Y ganas? – pregunta Louise, frunciendo el entrecejo.

– Sí, gano, pero no demasiado. La cuestión es tener medios económicos.

–¿Cómo lo haces?

– El 85 % es técnica, estadística, cálculos de probabilidad, y el 15 % restante es olfato, las combinaciones improvisadas, la intuición quizás.

–¡La intuición femenina! – exclaman las dos muchachas, y se echan a reír.

> *Tenemos una cualidad única, surgida de la mezcla del espíritu y de los sentidos, de la que con frecuencia no tenemos conciencia.*

• ¿Instinto?

Estas personas que durante un instante hemos observado somos nosotros. Todo lo que hacen podríamos hacerlo nosotros.

Cuando el señor Durant, delante de la puerta del restaurante, asegura: «Aquí se debe de comer bien, pueden creerme», y cuando los demás comprueban que tenía razón, ¿es porque posee un sexto sentido parecido al de los gourmets? No, por supuesto, ya hemos explicado la sagacidad del señor Durant. Todo en ese lugar tenía un aire serio. Nada indicaba que pudiera haber algo artificial. El señor Durant es consciente de ciertos detalles que conducen su espíritu a una opinión: aquí será bueno, aquí no. Una cuestión, sin embargo, queda todavía pendiente: ¿posee el señor Durant, además de su espíritu de observación, una cualidad o un sentido suplementario que le permite hablar con tanta seguridad?; ¿serían diferentes los olores, los colores, las luces de los buenos restaurantes?; ¿qué parte se debe a su experiencia como gourmet, basada en el placer gastronómico, y qué parte se debe a un don particular?; ¿precede este sentido a su vocación gastronómica, o bien esta se ha desarrollado al descubrir este don? De cualquier modo, esto confirmaría una proposición que ya hemos hecho, a saber: un sentido se desarrolla por el placer.

• ¿Premonición?

Cuando Bernard Dupond, por razones personales, rechaza tomar el tren para volver a París, ¿es un capricho o una premonición? Una premonición a modo de advertencia de que un acontecimiento va a ocurrir. ¿Está advertido el muchacho de que el tren de Royaumont va a descarrilar? No, no está advertido de nada, no desconfía de nada. Simplemente quiere volver en bicicleta. ¡Eso es todo! De acuerdo, pero ¿por qué? En efecto, ¿por qué? Esta es la cuestión. Pero al mismo tiempo, ¿todas nuestras acciones se deben a causas precisas y conscientes? Hay muchas

cosas que hacemos sin haberlas decidido. El muchacho no se pregunta si escapará de un accidente en tren. Para él la cuestión es sencilla: no quería volver en tren y entonces escapa de un accidente. El caso no podría formularse así: un muchacho se libra de un accidente de tren porque tiene una premonición. Dicho de otra manera, en el espíritu de Bernard Dupond, esto simplemente es una de esas manifestaciones de las mil y una posibilidades de la vida que se ven o no se ven, pero que están ahí. Para otros habrá habido premonición. Si Bernard Dupond pudiera prevenir todos los accidentes de tren, tendría un sexto sentido y se haría rico. Al no repetirse la situación, lo ocurrido no habrá sido más que fruto del azar.

Es importante este dato, la repetición, que indagaremos permanentemente a lo largo de este viaje en la búsqueda del sexto sentido. Si alguna cosa se repite, entraña la posibilidad de la observación, después del análisis, y, por fin, de la reproducción en términos de causas y consecuencias. Pero si alguna cosa ocurre al margen de toda regla conocida, analizable, la duda se mantiene: ¿cómo aprehenderla?

• ¿Psicología?

Cuando la señora Georget, la portera, se plantea: «En fin, yo habría jurado que preguntaría por la otra», pone a prueba una ingeniosa sagacidad, porque no se equivoca. Si una relación amorosa puede darse entre Bernard Dupond y una de las dos muchachas, esta no será con su hermana Gabrielle, sino con Louise. Hay que reconocer que la señora Georget es perspicaz. En primer lugar se plantea que este muchacho viene por las jóvenes del quinto piso, pero todavía va más allá, prevé con cuál de las dos puede entablar una relación. Más adelante veremos si tenía razón. ¿De dónde viene esta clarividencia de la portera? De su experiencia, sin duda. Su curiosidad también le ayuda a comprender ciertas cosas. Su sentido de la responsabilidad ha afinado la observación sobre el espacio que controla. Después de todo, esa es su escalera, ¿no es cierto? Seguramente la señora Georget se habría podido establecer como vidente. ¡Con esta curiosidad y esta intuición habría hecho carrera como médium!

Si intentamos resumir esta primera aproximación a nuestra pregunta «¿Existe el sexto sentido?», estamos en condiciones de creer que, llegado el caso, procedería en buena parte de la posesión específica de algunas cualidades propias de una persona: instinto, experiencia, psicología, sentido del otro. Pero eso no es todo.

DE LA INTUICIÓN AL INCONSCIENTE: LA INTUICIÓN

• Definición

• Para Plotino en las *Enéadas*: «La intuición es el conocimiento absoluto basado en la identidad del espíritu con el objeto conocido».

• Más cerca, Descartes considera que «el conocimiento intuitivo es una iluminación del alma, que percibe en la luz de Dios las cosas que desea revelarnos mediante una impresión de claridad divina en nuestro entendimiento, que en eso no es considerado como un agente, sino sólo como un receptor de los rayos de la divinidad».

• Con Bergson, la intuición reencuentra, a principios del siglo pasado, una «inteligencia» muy particular. Para el filósofo «la intuición es la intimidad, el sentimiento total de fusión con el objeto del conocimiento, la simpatía por la cual uno se sitúa en el interior del objeto para coincidir con lo que, en él, es único».

Como se ve, desde la filosofía griega hasta el alba del tercer milenio, la definición de la intuición ha evolucionado manteniendo escondida entre las palabras una noción de revelación.

Es pertinente concluir a partir de todo esto que la acepción más general de la palabra *intuición* es la del conocimiento previo de cualquier cosa.

Puede tratarse de alguna cosa que no existe todavía pero que llegará. En este caso, se habla de un hecho; o puede ser algo que no ha sido todavía demostrado, pero que lo será. Se trata en este segundo caso de una idea.

• Intuición y videncia

Este preconocimiento, precognición, puede ejercerse en los dominios más diversos, siempre en referencia al futuro. ¿Cuál puede ser entonces la diferencia entre intuición y videncia? No es sencillo.

En la videncia se produce el hecho de ver alguna cosa que existe en la realidad y que sólo algunas personas distinguen. Es un asunto que está en el presente.

No hay en la videncia una visión real del futuro, todo lo más una interpretación, intuitiva precisamente, surgida en todo caso del inconsciente colectivo.

Esta sensibilidad hacia el inconsciente colectivo genera en el vidente profesional una videncia siempre más o menos asimilable a un retorno como el del ascensor. Extrae en el inconsciente popular lo que reenvía al consciente popular. Así, el retorno satisface a todos. Se podría ver en ello el efecto de la ley de la oferta y la demanda.

La mayor parte de los políticos son supersticiosos, y raros son los que no consultan con videntes la víspera de las elecciones. Este ejemplo define bien qué es la videncia, limitando su acepción.

En esta circunstancia, ¿qué ve el vidente, admitiendo que haya alguna cosa que ver?

Lo que ve es el estado actual de las cosas, es decir, el estado actual del cuerpo electoral. Siente este cuerpo electoral como un solo ser, y a partir de ello, pretende ver sus reacciones futuras

en calidad de consecuencias inseparables de un estado presente. Se podría decir que se trata del conocimiento de un estado presente que trae aparejado otro estado presente.

En este caso, la videncia no sería casi más que el hecho de creer ver (adivinar) lo que los demás no ven.

Es útil subrayar otra diferencia entre videncia e intuición. La percepción de la intuición es subjetiva. Parte siempre de lo que percibe, para creer una cosa que no existe todavía, pero que su espíritu concibe por adelantado. En este caso de videncia, el elemento generador es lo que debe ser visto; llamamos a eso el «objeto» que existe, ya sea en el presente, ya en el futuro. El vidente es una persona cuya actividad específica no es subjetiva ni creativa: ve lo que los demás no ven, en el presente o en el futuro. El vidente puede hacer de su actividad una profesión. En cambio, no existen intuitivos profesionales.

> *Es la cosa que hay que ver la que hace al vidente, pero es la intuición la que hace que esa cosa exista.*

EJEMPLO

En la avenida, un coche se pone en marcha. Un niño y su padre, este en la otra acera, esperan a que el semáforo se ponga verde. De pronto, una anciana lanza un chillido que, a causa del ruido, se ahoga en su garganta. Al cabo de un segundo el niño se precipita sobre el asfalto. Los frenos del automóvil chirrían y el niño es proyectado a tres metros de allí, sin más herida que un destello de pavor en los ojos.

> *«Llamamos aquí* intuición *a la simpatía por la que uno se traslada al interior de un objeto para coincidir con lo que tiene de único y, en consecuencia, de inexplicable. Al contrario, el análisis es la operación que vuelve a llevar el objeto a elementos ya conocidos, es decir, comunes a este objeto y a otros […] Hay una realidad a menos que los cojamos todos por dentro, por intuición y no por análisis. Es nuestra propia persona… nuestro yo».*
> *(H. BERGSON, La pensée et le Mouvant)*

Cuando la señora chilla desde el otro lado de la calle, ¿sabe por qué lo hace?

Una primera hipótesis sería que ve con anticipación el accidente que va a producirse. «Ve» al niño salir a la calzada y después ve el accidente como vería desfilar ante sus ojos las imágenes fijas de un sueño. A decir verdad, ¿lo ve o lo imagina, según su sensibilidad, con ese realismo de algunos sueños que parecen más verdaderos que la propia realidad? Hay en este proceso del imaginario una transposición hacia una puesta en escena, generada por el psiquismo de la señora. En este caso, ¿cuál es la cualidad del azar que hace que el accidente llegue tal como ella lo había previsto? Además, ¿se produce el accidente tal como ella lo había previsto? ¿Ve verdaderamente y por adelantado al niño atropellado estirado en el suelo, sorprendido por el golpe?

Una segunda hipótesis sería que la anciana no viviera en la gran ciudad, sino que estuviera de paso y por ello estuviera ansiosa, por todo lo que vive. Es una abuela que tiene hijos y nietos, pero sobre todo es una antigua nodriza. En ocasiones ha comentado que con ciertos niños no tenía comunicación, pero con algunos otros se comunicaba de manera inmediata y completa, hasta el punto de que en ciertos casos podía prever sus reacciones respecto a un determinado acontecimiento, como si se tratara de ella misma. No es lo suficientemente inteligente ni cultivada para analizar el porqué, pero eso siempre la ha fascinado. Es el azar, acostumbraba a concluir, los niños son todos diferentes. En este caso, cuando ha visto al niño al otro lado de la avenida ha sabido espontáneamente, pero de manera inconsciente, lo que haría. Así, cuando esta idea le ha recorrido el espíritu, ella lo ha sabido en el mismo instante. Entonces ha abierto la boca para chillar dos segundos antes de que él se moviera.

Esta segunda hipótesis es casi contraria a la primera.

En el primer caso se trataría de alguien que vive por avanzado alguna cosa que no existe en el presente, y en el segundo se trata de admitir que alguien en el lapso de algunos segundos se asimila al espíritu de otro hasta el punto de conocer su reacción inmediata.

La primera hipótesis procedería de la videncia: la señora no ha tenido una visión avanzada del accidente, sino sólo la idea de que algo inexorable iba a ocurrir. La segunda hipótesis sería la intuición y, por experiencia, la admitimos sin saberla explicar.

CONFIAR EN SU INTUICIÓN

«Examine los sentimientos y las ideas que le asaltan en consideración a su acción intuitiva. ¿Confía realmente en su intuición? Si sólo lo hace en ciertos casos, ¿por qué no en otros momentos? ¿Qué ideas previas ha recibido sobre la intuición? Identifíquelas y relaciónelas en una lista. Si lo necesita puede utilizar propuestas cuyo objetivo será poder neutralizarlas. Por fin pruebe a acordarse de alguna ocasión en la que se haya dejado guiar por la intuición. ¿Qué sintió entonces? [...] Después de haber puesto en orden sus pensamientos y sus sentimientos intente utilizar su intuición en situaciones de poca importancia. Juegue consigo mismo. Por ejemplo, encuentre el mejor trayecto para volver a su casa en hora punta, o el mejor lugar para hallar un taxi. Acuda a su intuición para encontrar un sitio donde aparcar su coche. ¿Puede adivinar el color del coche más cercano al lugar en el que va a aparcar? Cuando espera delante de varios ascensores, adivine cuál llegará primero. En lo concerniente a la meteorología, ¿está dispuesto a cambiar sus planes porque se anuncia una tormenta de nieve, o tiene la impresión de que no pasará nada?

(S. OSTRANDER y L. SCHROEDER,
Les fantastiques facultés du cerveau
Editions Robert Laffont, col. «Les énigmes de l'univers»)

• Del análisis a la intuición

Cuando a finales del siglo XIX se construyeron las primeras casas en la isla de Manhattan, en Nueva York, estas precedieron a los rascacielos sólo en dos generaciones, quizás. Un inmigrante europeo reciente habría podido hacer el siguiente análisis de la situación: esta isla no es extensible. Su topografía ofrece una excelente oportunidad para el comercio marítimo. Las relaciones con el viejo continente no pueden más que multiplicarse.

Conclusión:

a) En vistas a la creación de una ciudad, este lugar de superficie insuficiente no tiene ningún porvenir.

b) En cincuenta años, por falta de suelo, este lugar estará cubierto por edificios de 50 pisos.

Un análisis es una definición-cuantificación de un elemento de ayuda de los sistemas de medida predefinidos. El análisis de un territorio es en primer lugar el de su suelo, después el de su extensión, el de su desnivel y también el de sus condiciones meteorológicas, entre otros. Un análisis puede ser más o menos completo, orientado, teniendo en cuenta el destino del elemento analizado. En todo caso, un análisis es la definición misma de la no invención. Enseguida, a la vista de un observador, la cosa analizada toma un sentido o incluso un valor. Algunos verán inmediatamente

un posible futuro en esta cosa, una o varias utilizaciones evidentes. Esto será un hecho de la imaginación. No hay nunca imaginación sin un concienzudo análisis previo.

Imaginemos ahora que el subsuelo de la isla de Manhattan no hubiera sido rocoso, apto para la construcción, sino limoso como el de la isla de Mantucket, un poco más al nordeste. ¿Habría existido Nueva York?

Cien años más tarde es fácil justificar este análisis, que implicaba que la ciudad de Nueva York no podía escapar a su destino vertical que se ha dado entre tanto. Pero cien años antes era necesaria una gran imaginación para ver sobre esta isla una ciudad de tres millones de habitantes, y todavía una intuición mayor para decidir que sería allí y no en otro lugar donde se elevaría una ciudad, suburbios incluidos, de las dimensiones de Londres.

Se puede admitir que la intuición no es más que la fase final de una cadena así compuesta: 1.o Un perfecto conocimiento/asimilación de un dato real analizado. 2.o Una patente capacidad de imaginación. 3.o La certidumbre de que entre todas las posibilidades imaginables sólo existirá una.

En fin, será prudente hacer una diferenciación entre lo que se podría llamar la *intuición activa* y la *intuición pasiva*, si la hay.

La intuición activa viene dictada por la certidumbre de que es preciso hacer alguna cosa, esa cosa y no otra. La intuición quizá también es eso: algo que no pone en marcha el cálculo analítico del espíritu, sino la sensibilidad. En cuanto a la intuición pasiva, obviando la misma sensibilidad, le faltaría la ineluctable espontaneidad de pasar a la acción. ¿Somos muy numerosos los que poseemos esta forma de intuición pasiva? Si la respuesta es sí, como podemos creer, ¿puede deducirse que el caso de la intuición pasiva, la que no conduce a la acción, no puede ser asimilado a la intuición? Aquí nos hallamos de nuevo en el punto de partida, casi con esta certidumbre: no puede haber intuición sin pasar a la acción.

• ¿Azar, intuición o nada de eso?

Es de noche. Un barco quiere entrar en el puerto. Una bruma espesa dificulta la visibilidad tanto del mar como de la tierra, de modo que se requieren planos para ver a diez metros de distancia. A bordo se encuentran el patrón, su mujer y sus tres hijos. El mar crece. Retroceder sería una locura, por la amenaza del viento, y además porque, con suerte, en media hora llegarán a buen puerto. La bruma se nota bien cerca, por todas partes, como siempre que hay niebla. El patrón se angustia. Los demás no se dan cuenta de nada, por ahora. Pero saben lo que va a ocurrir porque también notan la bruma.

«¿Voy a babor o voy a estribor?».

Nada, absolutamente nada, ayuda a tomar una decisión. Pero hay que decidir. «Y después ¡zas, todo a babor!».

Esta decisión no es intuitiva, sino subordinada al azar. No hay datos en tales circunstancias que permitan elaborar un razonamiento funcional. En este caso, ni lo razonable ni lo no razonable están en juego. La única ley es la del azar, una posibilidad entre dos. Sin embargo, si el patrón hubiese querido confiar su elección al azar, sólo habría podido hacerlo a cara o cruz. Pero no, en última instancia, él mismo ha querido tomar la decisión, asumir su responsabilidad. Ha querido existir, como si creyera que en su interior había alguna cosa desconocida capaz de desafiar al azar y de saberlo todo, o bien alguna cosa lo suficientemente atractiva para que una voluntad divina se interesase en su caso y salvarlo. Por otra parte ha hecho bien, porque en los doce angustiosos minutos siguientes distinguirá, a través de la bruma, el final de los acantilados, el resplandor del faro que tan bien conoce y que debe dejar a estribor.

Cuando por fin cierra el contacto del motor, un miedo retrospectivo, incontrolable, le recorre el estómago, mientras su hija de ocho años le dice en voz baja: «¿Dónde estamos, papá?».

Durante este peligroso regreso al puerto, no hay lugar ni para la intuición ni para la imaginación, y el problema se plantea debido al hecho mismo de la inutilidad del análisis. Reflexionar o no, analizar o no, no conduce a ninguna presunción objetiva aceptable. Nada aparece en el espíritu que sea interpretable, conscientemente o no. Es lo que marca la diferencia con el caso de la intuición posible. Para que haya intuición es necesario que haya una realidad interpretable. Esto nos conduce a dos esquemas de comprensión.

a) Primer tiempo: consciencia más o menos inmediata y analítica de alguna cosa. Segundo tiempo: imaginar una posible solución. Tercer tiempo: se decide por intuición que la solución imaginada es la correcta. Y, por fin, se pasa a la acción.

b) El primer paso es siempre el mismo, con más consciencia y menos análisis. Lo que difiere enseguida es la evidencia de la intuición sin pasar por la imaginación.

Finalmente, como en el primer caso, se pasa a la acción.
El segundo caso revela una psicología más femenina.

• Azar, intuición y resultado

Durante este tiempo, en el casino de Trouville se juega. Es domingo por la tarde y la muchedumbre parisina está por todas partes. No se puede decir que los jugadores presentes sean profesionales, simplemente son clientes. Estas personas no han venido para divertirse, sino para jugar. Hay menos gente, menos ruido, como si uno estuviera allí solo consigo mismo. Una joven pareja se ha detenido delante de una ruleta. No tienen más de veinticinco años. Él le habla en voz baja mientras mira las mesas. Ella escucha amorosamente. Pero está nerviosa.

– No se puede estar seguro de ganar – le explica él, ojo avizor sobre la pequeña bola que rueda y rueda–. La única martingala que permite ganar con seguridad devuelve 30 euros por tres horas de juego ininterrumpido en una ruleta. Al cabo de dos o tres veces eres localizado y te echan como si fueras un indeseable.

Ella sonríe.

–¿Cuál es ese método? Porque imagino que conoces uno.

–¡Claro! Mi método está basado en un 85 % de técnica y un 15 % de azar.

– Es verdad, ya lo he comprendido.

Dejan de hablar para mirar el número que saldrá esta vez. «El treinta y dos rojo, par y pasa», escuchan.

– Nadie había jugado al treinta y dos – constata ella.

– Hagan juego, por favor – dice el crupier, y tres o cuatro minutos más tarde–: el juego está cerrado…

El joven, con un gesto rápido, coloca una ficha de 30 euros sobre el tapete y dice:

– El cuadrado treinta y dos/treinta y seis.

– … No va más – acaba diciendo el crupier, que sitúa con cuidado la ficha en la intersección del cuadrado que delimita los números 32-33-35-36.

La bola blanca rueda todavía por los bordes lisos y exteriores de su pequeño velódromo. Enseguida pierde la fuerza que le había dado el crupier y golpea el primer obstáculo. Con valentía, sigue adelante y se golpea contra el segundo. Con la seria obstinación de una bolita deseosa de cumplir con su trabajo continúa, pero pronto aumentarán las dificultades y, una vez más, desengañada –¡Dios mío, qué vida la mía! – , se dejará llevar en sentido contrario y de casilla en casilla, aunque todavía dudosa. En un último y violento esfuerzo, salta, se instala en el 12 rojo y…

no, ya que en un último salto, quizá por coquetería, salva la separación intermedia, el infranqueable tabique, y cae al otro lado. El 35.

– Treinta y cinco negro, impar y pasa – anuncia el crupier.

– Has perdido – dice la joven.

– No, he ganado.

– El último cuadrado, ocho veces – anuncia el crupier levantando la vista hacia el joven, como pidiendo confirmación.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, купив полную легальную версию на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.